

PILAR ALTAMIRA (coord.), *La huella de Rafael Altamira*, Madrid, Universidad Complutense, 2013, 192 págs. ISBN: 978-84-695-7151-4.

El año 2011 fue declarado el “Año Altamira” de allí los congresos y homenajes que se rindieron al ilustre alicantino que contribuyeron a develar nuevas facetas de su itinerario intelectual. El Congreso del que nos queremos ocupar, que tuvo lugar en la misma aula donde enseñaba Altamira, resulta relevante por los aspectos que enfoca y los expositores. No podemos reseñar todos, contó con trece expositores, hemos elegido algunos para exponer.

José Luis Abellán lo aborda como “arquetipo del intelectual moderno”. El término intelectual que surge en el affaire Dreyfus, representa un nuevo tipo humano como crítico social y conciencia moral de la sociedad. En este ambiente se formó Altamira y se propuso seguir sus huellas, pero en el era muy fuerte el impulso educativo que provenía de la Institución Libre de enseñanza, que se vinculó con los ideales regeneracionistas y a su vez configuró esa imagen del intelectual. El institucionalismo lo condicionó y los datos históricos del momento lo marcaron profundamente.

Su relación con Joaquín Costa fue muy importante, pero al mismo tiempo, según Abellán, nada influyó tanto en él como la repercusión en su ánimo de la derrota del 98 que lo hizo meditar más rotundamente sobre las causas de la decadencia, como consecuencia de la falta de patriotismo y adquirió plena conciencia que había que restaurarlo a toda costa. Patriotismo guía su interés científico, su producción historiográfica y su actividad pública, que se refleja en “el patriotismo y la universidad” la disertación que pronunció cuando se hizo cargo de la cátedra en Oviedo. También diseña el concepto de extensión universitaria.

Otras dos ideas que nutren su ideario intelectual son: la paz, tanto en lo personal como en lo colectivo, la búsqueda de la paz es una “misión moral” por excelencia del trabajo. Una de las tareas inmediatas era elevar la necesidad la primera enseñanza a la altura de una cuestión nacional de primera importancia, tuvo la habilidad de hacer consciente al gobierno de esta necesidad, lo nombran Director general de enseñanza primaria.

El cuarto signo de identidad es el americanismo, que ya la tiene en ese momento lo vislumbra con total claridad. Este es el intelectual Altamira. La ejemplaridad de intelectual moderno estaba presidida por su rigor científico, por su ecuanimidad y ponderación, en el examen de todos los temas que se le presentaban.

Dolores de la Calle, en “Rafael Altamira y su idea de España”, lo considera un “intelectual patriótico” porque España, la Nación, el patriotismo fueron ejes centrales temáticos. El objetivo es mostrar cómo fue construyendo desde la propia experiencia biográfica e intelectual su concepto de nación, como se implica en un proceso de regeneración nacional y va perfilando su patriotismo.

Rafael Asín Vergara en “La memoria Guadiana de la historia persecución, olvido y recuperación de la figura de R. Altamira” muestra el proceso de recuperación de esa memoria. Como biógrafo de Altamira y director del Portal virtual en la Biblioteca Miguel de Cervantes de Altamira ofrece un panorama rico y detallado de dicho proceso. Asín quiere reivindicar sus ideas fuerza. Explica la situación del profesor allicantino en los últimos años de su vida y las dificultades para recuperar su patrimonio.

El sello institucionista heredado le hacía profesar a Altamira la idea de una redistribución social más amplia, donde los pueblos se entendieran, soñaba con un desarrollo internacional basado en el conocimiento de la realidad histórica. Creía que en el tribunal de la Haya se podía conseguir un gran avance y se embarcó en la Conferencia Internacional para la enseñanza de la historia, en el momento en que su trabajo y su prestigio llegaba a su cenit.

En 1933 Altamira fue propuesto para el premio Nóbel de la paz. El Altamira del 33 llegó a un límite, un máximo. A partir de ahí empezó una etapa que se convierte en el prologo de su futura persecución y posterior olvido. Allí comienza su declinación pública. El último capítulo de su *Historia de la civilización española* que no se puso a la venta hasta 1988 por ediciones Critica, ese capítulo sobre la república española es demoledor, es una crítica feroz a la revolución. Afirma: “la España agredida es la España democrática”.

La universidad franquista lo olvido. Algunos alumnos lo traicionaron, el ejemplo de Silvio Zavala es paradigmático por su enorme capacidad de cariño y de sacrificio. Se marchó de España con lo puesto, dejó biblioteca y archivos, por el camino quedaron muchas cosas, algunas muy valiosas.

Asín enumera, con meticulosidad, los diversos lugares donde existen archivos de Altamira, que él conoce muy bien por haberlos trabajado para la biografía. En los últimos siete años se ha reunido mucha documentación. Historiadores del siglo XX lo han reivindicado como Pierre Vilar y Fernand Braudel. Su figura y su obra reclaman una reivindicación por lo que hizo o por lo que inicio. No hay duda que en 2011 ha habido una explosión de actos. En opinión de Asín hay que sintetizarlo mas, organizarlo e incorporarlo a la memoria colectiva.

Gustavo Prado se refiere a “Altamira en el Río de la Plata: claves ideológicas e historiográficas de su éxito en la Argentina”. El éxito de la visita a Buenos Aires de Altamira fue rotundo, desplegó tres meses de intensa actividad, social y docente. Obtuvo el diploma de miembro de la Junta de historia y Númerística americana, el Consejo Superior de la Universidad de La Plata le concedió a perpetuidad una cátedra de metodología de la historia y el título de doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales. Otros españoles habían tenido éxito en sus visitas, pero no en el ámbito de instituciones universitarias.

El historiador alicantino logró impacto en altas esferas del gobierno argentino, de la prensa, las asociaciones sindicales y en la colonia inmigrante. Era la primera vez que un español conseguía atraer el interés de la inteligencia argentina.

Altamira hizo una serie de propuestas que constituían una novedad: por un lado acuerdos con la universidad de Oviedo; por otro intercambio regular de recursos humanos, bibliográficos y pedagógicos. Finalmente solicito el establecimiento de un instituto de investigación argentino o latinoamericano en Sevilla y la fundación de la academia de Ciencias Morales y Políticas como la de Madrid.

Los beneficios de este tipo de intercambios iban más allá de lo académico. Vincular a las elites intelectuales iberoamericanas, crear

espacios para el diálogo y proyectos para trabajar en común, constituiría el medio ideal para ilustrar a las clases dirigentes y persuadirlas de lo indispensable de desarrollar una política panhispanista, profundizar los lazos económicos y reinterpretar las prioridades académicas. Sus mayores esfuerzos fueron, hacia las elites políticas e intelectuales argentinas, sin descuidar otros sectores.

Entró en contacto con los círculos reformistas argentinos, que coincidían con su concepción elitista de la política y del liderazgo social, heredado de su formación en la Institución Libre de Enseñanza. Los encuentros con J.V. González, Romulo S. Naon, Juan Agustín García, Ernesto Quesada, Antonio Dellepiane encontraron receptividad, su acción cristalizó en un momento y un contexto adecuado para prosperar en el Río de la Plata.

El hispanismo respondía en la Argentina a una creciente inquietud nacionalista, por primera vez. El krausismo profesado por algunos intelectuales y políticos argentinos no explica del todo el éxito del viaje de Altamira, hay que agregar el impacto que su discurso metodológico, pedagógico e hispanista tuvo en una historiografía que se encaminaba hacia la profesionalización de los estudios históricos. Su acción influía sobre el debate acerca del futuro de la historiografía nacional. Los cursos que dictó contribuyeron a la evolución de los estudios históricos.

El mayor aporte de enseñanzas y reflexiones de Altamira, consistió en respaldar una praxis historiográfica comprometida con un ideal científico a través de un ejercicio de clarificación y fundamentación de las técnicas y utillaje del oficio de historiador.

Hay que tener en cuenta el estado de la historiografía argentina. El profesor español encontró una historiografía narrativista que aunque entraba en el ocaso, aun marcaba la interpretación del pasado entorpeciendo el progreso de opciones innovadoras. Para quienes pensaban en la necesidad de una nueva praxis historiográfica la visita de Altamira les dio la oportunidad de encontrar un referente intelectual que trabajaba en una línea metodológica afín a la de ellos que comenzaban a ser vistos como maestros, sino que también ofrecía la posibilidad de construir un canal de mediación entre las novedades europeas y las demandas ame-

ricanas, en el que la comunidad de idioma aparecía como un vehículo invaluable.

“Rafael Altramira en el archivo personal de Silvio Zabala” de Andrés Lira transmite, a través de un epistolario con su discípulo, por un lado la preocupación de Zabala por dar curso a la publicación de las obras de Altamira en el exterior y por el otro los esfuerzos realizados cuando Altamira tuvo que dejar su puesto en La Haya, por razones del inicio de la Segunda Mundial y su periplo para exiliarse.

Zabala estuvo siempre al lado del maestro, dentro de lo que las circunstancias desventajosas lo permitían, para ayudarlo a salvar a su familia y a él mismo, residente en Bayona. Fue la embajada argentina la que aseguró su entrada en España, camino a Portugal. Su llegada a América fue a New York y después de dictar cursos se dirigió a México donde estaba establecida una hija.

Señalamos los aportes que hacen al Congreso Paul Aubert, “Rafael Altamira, la redención nacional por la historia”; Palmira Vélez, “El magisterio americanista de Rafael Altamira en la Universidad Central”; Norma de los Ríos, “Don Rafael Altamira, aproximaciones a su visión de la historia”; Leticia Sánchez de Andrés, “Rafael Altamira y la música: la pasión de un melómano, y el compromiso regeneracionista”;

Juan Manuel Ledezma, “La primera visita de R. Altamira a México: reacciones políticas y académicas”; Jaime del Arenal, “Rafael Altamira, y el proceso de construcción de una historiografía humana: entre la historia y el derecho”; María Rosa de Madariaga, “La cultura árabe islámica en la mirada de Altamira”; Ángel viñas, “La política exterior española en los tiempos de Altamira”.

Toda conmemoración amplía el horizonte de un personaje o de un acontecimiento. Este congreso no faltó a esa regla, nos entregó un Altamira enriquecido, desplegado en actividades a veces solamente mencionadas, profundo y multifacético como vivió en las circunstancias en que le tocó actuar. Los autores han sabido descubrir estas facetas que contribuyen a reivindicar su figura.

HEBE CARMEN PELOSI